Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 4

El cine

Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 4

El cine

Sin dejarse llevar por la desesperación, que empieza a embargarle como una ola de fango que amenazara con cegar su espíritu y anegar

su alma, vuelve Silvestrín a la sala del consejo con la débil esperanza de hallar allí alguna pista o señal que le permita saber a dónde se ha dirigido con tanta premura el profesor Bezno de Cubil montado en descalabrado vehículo a motor. La sala de reuniones de la facultad ya ha sido abandonada por el ruidoso cuerpo de profesores que hasta hace poco discutían con la solemnidad que les caracteriza tan elevados temas científicos. Sólo manchas de sangre aquí y allá, trozos de cristal cortantes, apósitos con redondas manchas color granate sucio, abolladuras en la mesa, bragas y calzoncillos sucios por el suelo y, como bandera de derrota al viento, los trozos del, otrora doble, grande y apretado y ahora completamente inservible, sostén pectoral de la ubérrima profesora Mañodeperas, ajado como un sudario desenterrado, desmayado sobre la mesa, dan una idea de la magnitud de la elevada contienda intelectual que ha poco ha tenido lugar en este sagrado recinto y de la pasión científica con que han sido defendidos los diferentes puntos de vista. Y, como en todos los intercambios de ideas que merecen la pena, algunas opiniones previas han sido mudadas considerablemente gracias a los sólidos argumentos y certeras tesis que han sido manejados, lanzados o presentados con especial agudeza, ante un docto auditorio que ha permanecido en todo momento con los ojos bien abiertos.

Con un vuelco en el corazón comprueba Silvestrín que una libreta blanca con su primera hoja arrancada con violencia y precipitación permanece intacta en el sitio que hasta hace breves instantes ha ocupado el profesor Bezno de Cubil, lugar fácil de identificar por la presencia en él de una verde botella –que en su momento contuvo un líquido ambarino de elevada concentración alcohólica y que ahora está vacía de solemnidad–, del celebrérrimo güisqui JB –botella que con su dureza arquetípica sirvió para convencer a uno de los termodinámicos, reticente a la admisión de las buenas nuevas matemáticas, a deponer su actitud sediciosa y provocadora ante el consejo–. La botella sigue milagrosamente intacta, lo que da idea de la calidad del vidrio empleado en su fabricación –pues de los huesos craneales del amotinado vendepatrias con los que entró en íntimo contacto no puede decirse lo mismo; la Revista Española de Enfermería en su número monográfico dedicado al consejo y a sus secuelas científicas con interés médico dedica un artículo especial a esas fracturas astilladas con penetración craneal cóncava–. En un acto de inteligente desesperación, saca de su bolsillo Silvestrín una agenda que siempre llega consigo para anotar aquellos pensamientos fugaces que de otra manera se le olvidarían

–versos encendidos a su musa Basilia, nuevos experimentos para su tesis, etc.– y que dispone de un pequeño lapiz blando. Pasa éste por la primera hoja en blanco de la libreta –con cuidado de no extender algunas gotas de sangre mezcladas con güisqui que sobre ella hay depositadas–, tal y como ha visto hacer en tantas películas de agentes del orden público o detectives. En medio del borrón negro que ha generado, una serie de palotes blancos permiten leer un mensaje legible e inequívoco: Bonifaz, matinal.

Y lo que para otra mente menos preparada a la manera de Pasteur serían sin duda sólo enigmáticas e ininteligibles palabras escritas, cobran todo su sentido para Silvestrín. La primera se refiere sin duda al cine Bonifaz, verdadera catedral del séptimo arte y templo de la cinemetografía de la capital, sito en la mitad de la calle del mismo nombre, y a su ya famosa sesión matinal, lugar de encuentro de cinéfilos de todas las edades, al decir de los amables rumores que hasta él han llegado. Silvestrín es un enamorado del arte cinematográfico y no se pierde ninguna de las películas que se proyectan en nuestra ciudad, aunque él prefiere ir a las sesiones de tarde del Cinema Imperial, el otro cine de que dispone la capital. Su dilecta madre le ha desaconsejado las sesiones matinales del cine Bonifaz –'son películas de arte y ensayo, la mayoría escandinavas o directamente suecas, y son para personas muy mayores, formadas intelectualmente y con conocimientos del sajón antiguo, por lo que no te convienen, rey mío', le ha dicho ella–, y Silvestrín, sorprendido por los conocimientos conéfilos maternos pero siempre obediente, se ha abstenido de esas sesiones hasta obtener la aprobación materna –lo que todavía no ha sucedido. Aunque en esta ocasión el deber científico le permite sortear esa prohibición dado que no será la visualización de películas del frío norte luterano y calvinista con farragoso contenido intelectual y muchos desnudos estéticos lo que allí le lleva sino la justa razón de la sinrazón torticera de los ladrones de termómetros. Consulta su reloj Omega y comprueba con ansiedad que son casi las doce del mediodía, hora de comienzo de la sesión matinal del cine Bonifaz.

Con los cinco duros que le quedan en el bolsillo, que estaban destinados a comprar pulcros folios blancos en los que empezar a escribir a máquina el capítulo primero de su tesis, se lanza sin pensárselo dos veces fuera de la facultad a intentar parar un oportuno taxi que le llevé hasta el desleal Bezno, cuyo inmerecido título de profesor ya le ha sido oportunamente retirado por Silvestrín. Un raramente enhiesto señor Eficiado gesticula como un poseso desde su cubil cuando

le ve atravesar a la carrera el atrio de la facultad –tiene terminantemente prohibido que los alumnos corran por los pasillos y alguno que ha caído en sus manos ha probado el sabor del ricino inyectado por vía oral y los retortijones de la subsiguiente evacuación anal–, pero no puede hacer nada por detenerle. La parada de texis más próxima está frente al rectorado y hacia allí se va corriendo Silvestrín.

En la parada de taxis, un patético ejemplar de la floreciente industria nacional del reciclado, está estacionado. Pintado de negro, con un gasómetro que surge como una enorme verruga, el coche parece haber llegado sin dignidad al final de sus días. A su lado, un teléfono suena melancólico en una pequeña cabina sin vidrios y sin que el conductor al volante del taxi parezca oírlo.

–¡Al cine de la calle Bonifaz! –grita Silvestrín mientras entra presuroso en el taxi y cierra la puerta con tal reciedumbre nerviosa que saca al conductor de su tranquila cabezadita. Sacado tan de sopetón del plácido sueño de la liebre de que disfrutaba el hombre, reparte con abundancia entre toda la corte celestial sus escatológicos pensamientos. La violencia de la reacción sorprende a Silvestrín, con expresiones rebuscadas que denotan cierta erudición teológica, pero el conductor recupera pronto la compostura, aunque sin dejar de mirarle de reojo y a la vez que repite, 'cierren la puerta ... ¡con cuidado, ... con cuidado!', arrastrando las últimas palabras, 'que no sé como voy a tener que repetirlo, joé'.

La carrera hasta el cine Bonifaz ha sido breve, pero al locuaz taxista le ha dado tiempo de sobra para despotricar largo y tendido sobre el coche Seat Seiscientos, que la nacional empresa automovilística SEAT manufactura en sus plantas de Cataluña, e informar a Silvestrín del poco futuro que augura al citado vehículo, sobre todo ahora que la gasolina ha subido al inalcanzable precio para el españolito medio de seis pesetas el litro, que todo se va en impuestos. 'El español es muy casero, muy de pantuflas y partidita de cartas en la mesa camilla', ha dicho el taxista, 'y además que, ¿a dónde vas a ir con un coche?', ha añadido con ánimo premonitorio. Cuando por fin han llegado cerca de la calle Bonifaz –'Yo no sigo, que luego tengo una dirección prohibida y tengo que dar mucha vuelta y no me compensa la carrera', se ha excusado el expansivo conductor–, el taxista ha barajado todo una retahíla de improperios contra Silvestrín cuando ha tenido que darle la vuelta de las tres pesetas de la carrera. '¡A ver si salimos con suelto, joé, que no soy el Banco de España!', ha añadido mientras le devolvía las veintidos pesetas de la

vuelta. El simpático eufemismo utilizado de nuevo por el taxista le ha recordado a Silvestrín al vicedecano de la facultad, por lo que le ha sonreído. Y como por lo visto el lenguaraz personaje espera propina –una antigua costumbre muy extendida en nuestro país, pero que a Silvestrín le parece que denota nuestro secular atraso en lo industrial, que no en lo social, pues todo trabajo debe ser remunerado en justicia, dejando la caridad para aquellas situaciones extremas que lo demanden–, al ver desaparecer todo ese dineral en el bolsillo de Silvestrín y al malinterpretar su amplia sonrisa como burla añadida al no redondeo del duro, monta en cólera, y hace amago de abandonar el vehículo de servicio público con el evidente propósito de agredir, y no sólo verbalmente, a Silvestrín, momento que aprovecha éste para huír hacia el cine Bonifaz.

La taquillera, arrugada como una pasa de Málaga, con gafas de concha en la punta de la nariz y gargantilla de encaje blanco en el cuello, se asusta al verle aparecer de sopetón delante de ella, y da un respingo detrás de su mampara de cristal, al ver a Silvestrín algo sofocado y con poco resuello por la breve pero intensa carrera.

– ¿Tiene usted veintiun años? –le interroga inquisitiva la mujer, celosa guardiana de la moral pública y funcionaria taquimecanógrafa por las tardes del Ministerio del Interior, con un tono de voz que indica que espera que él no pueda justificar esa edad y así darse el placer de prohibirle la entrada, remota posibilidad de poder ejercer mínimamente su autoridad como taquillera. La rubicunda, y hasta cierto punto infantil, cara de Silvestrín, llama poderosamente su atención y experimenta lo que ella cree que es un amago de placer sexual, pues está casi segura de que le ha cazado en falta.

Silvestrín le muestra su flamante y nuevo carnet de identidad, y la frustrada mujer, después de arrebatárselo con un gesto brusco, lo examina con lupa, literalmente hablando, pues saca una enorme lente de aumento de su cajón y después de intensas miradas al documento y a su portador, sin duda para contrastar que la foto adjunta al documento se corresponde con la persona que lo porta, se lo devuelve. 'Una peseta', ha soltado agria y con el tono triste del español depositario de un cargo de autoridad que no ha conseguido coger en falta a un prójimo indefenso y no ha podido así aplicarle todo el peso de la ley y la florida vara de la justicia sobre sus espaldas.

Se ha introducido Silvestrín rápido en el cine sin dejar de ser escrutado con odio por la taquillera –todavía confiada en que algún detalle le delate como asocial y pueda expulsarle, mediando la misma

violencia física que ve a menudo en el ministerio y que tanto la excita, a la calle. Mientras penetra en la acogedora oscuridad del cine no puede dejar de observar por el rabillo del ojo que el orondo taxista tiene dificultades para controlar la respiración y que, arrodillado en medio de la calle y llevándose la mano al corazón, gesticula mirando al cielo y al suelo alternativamente. Este gesto de religioso recogimiento público, coincidiendo con el toque de Ángelus, contrasta con su anterior desmesura excrementicia y emociona profundamente a Silvestrín –cuya devoción mariana es inconmesurable, especialmente bajo las advocaciones de la virgen del Juncal y de la virgen del Pino. Sus primas gemelas de Cáceres se llaman Juncal y Pino, respectivamente, y él sólo las distingue cuando están en bikini, pues Juncal tiene una graciosa peca sobre su turgente y juvenil seno derecho y Pino la misma, pero sobre su joven y terso seno izquierdo, gracia de la simetría bilateral que Silvestrín suele evocar, embargado por la tensión, algunas mañanas. Le gustaría acompañar al devoto taxista en su oración del mediodía, pero en esos momentos el deber frente a la ciencia le llamaba a otras, si no más elevadas –eso es imposible tratándose de las prácticas religiosas–, sí más urgentes tareas.

En la sala a oscuras, ya ha comenzado a proyectarse el No-Do, lo que constata Silvestrín con profunda pena, pues la patriótica sintonía que lo inicia le pone la carne de gallina e hinche su espíritu todo de fervor patrio y orgullo nacional, sobre todo cuando el águila imperial que vuela majestuosa sobre los anchos cielos patrios precede a la visión del escudo nacional, todos y cada de cuyos elementos componentes conoce de memoria, desde las cadenas de las Navas de Tolosa hasta la granada que simboliza la unificación primera de España bajo la espada firme de los Reyes Católicos, aquellos que montaban casi tanto como desmontaban y que tantas alegrías repartieron entre moros y judíos. Los portentosos logros de la industria nacional, ubre fecunda pletórica de pujanza bajo la dirección del Caudillo, la ricas y abundantes cosechas que recogen los esforzados y sobrios campesinos castellanos en sus feraces campos de secano, el crecimiento espectaular de nuestra cabaña animal alimentada por los verdes pastos que las lluvias fructuosas generan –y cuando no hay lluvia, los generan las abundantes obras hidráulicas que jalonan el país entero, obra magna de mismísmo Franco–, y, finalmente, la modernización de nuestras gloriosas fuerzas armadas, que por tierra, mar y aire defienden la integridad nacional del solar patrio al servicio del Generalísimo, son noticias todas ellas, no por repetidas menos interesantes, que nos

adelantan un futuro mejor bajo el signo del Caudillo.

La primera noticia que recibe Silvestrín desde la pantalla al sentarse cerca de la última fila y entrando a tientas en el cine, pues no hay acomodador o está ausente, es la de que la Real Academia de la Lengua Española ha elegido a Camilo José Cela como nuevo académico de dicha lengua española. De la joven promesa de las letras hispanas, hijo preclaro de Iria Flavia, –saludado por sus compañeros como el nuevo Cervantes y el nuevo Lebrija, que a la escritura prodigiosa del inmortal autor une el rigor científico del gramático– ha leído Silvestrín su obra mayor 'La Colmena' y su interesante libro 'Viaje a la Alcarria', obras de valor imperecedero, y de genuino sabor español –Su progenitor ha considerado que su obra celebérrima, 'La familia de Pascual Duarte', expone con dramático realismo y cruda descripción la visión de una España rural y analfabeta ya prácticamente periclitada, por lo que es una obra, además de anacrónica en el régimen de Franco, poco apta para mentes jóvenes como la de Silvestrín, por lo que él se ha abstenido de leerla–. El emocionado locutor augura un gran futuro al novel académico, cuya originalidad como autor de novelas proviene en parte, en opinión del locutor, del trabajo que cómo censor ha desarrollado con gran efectividad en los últimos años y de la multitud de historias humanas que han enriquecido su acervo de conocimientos con este trabajo tan patriótico. Este fino escrutinio de la obra escrita ajena le ha permitido sin duda depurar su propia obra, a la vez que él ha señalado el correcto camino de la prosa precisa a tantos que han visto su obra sometida a la necesaria y rigurosa censura de don Camilo.

Mientras espera a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad, para mejor detectar dónde se encuentra el indigno –ahora ya puede asegurarlo– profesor Bezno de Cubil y caer sobre él con la misma sorpresa con que el Generalísimo cayó sobre las fuerzas republicanas en la batalla del Ebro –gesta heroica que su padre le ha relatado multitud de veces–, el locutor, engolando la voz para dar idea de la seriedad de la noticia, informa del nuevo gobierno de la nación, el cual, como siempre, se ha formado bajo los auspicios del Caudillo como presidente del gobierno. El nuevo equipo de gobierno es calificado de tecnócrata, con evidente satisfacción en la voz del locutor al poder utilizar este gráfico neologismo, y se informa además de que entre los nuevos ministros, técnicos todos ellos en las diversas materias objeto de su competencia, hay varios ligados al Opus Dei, obra magna ésta del moderno catolicismo español que llevará a nuestra patria por las

rutas del progreso conservador, de nuevo en las emocionadas palabras del emocionado comentarista cinematográfico. Entre otros ministros menos conocidos del público se hallan las figuras señeras del vicealmirante don Luis Carrero Blanco, como subsecretario de Gobernación y de don Gabriel Arias Salgado como ministro de Información y Turismo.

No podían ser éstas mejores noticias, en opinión de Silvestrín. Don Luis es un hijo preclaro de esta noble tierra y de su fecundo mar, en cuya prensa local firma artículos de opinión bajo el seudónimo, bien conocido por todos, del insigne cartógrafo Juan de La Cosa. Los opúsculos periodísticos están todos ellos llenos de sentido común, largueza de miras, amor a España y de su gran jocosidad finamente destilada, características éstas que, en opinión de don Críspulo, son las bondades más relevantes del carácter del almirante, especialmente su sutil sentido del humor. Él mismo es un marino de altos vuelos, llamado a dar un salto espectacular en el mantenimiento del orden público frente a tanto subversivo que se mueve en las sombras amenazando la tranquilidad que Franco ha traído a España, en bíblico encomio de don Críspulo hacia el buen hacer y dedicación del almirante a la causa de la erradicación del comunismo. Y, por si fuera poco, el Opus Dei es una pujante y pía organización, obra de monseñor Escrivá de Balaguer –quien junto a Isabel la Católica y el propio Franco son merecedores de ascender al trono de la santidad en opinión de Silvestrín, aunque espera que el Señor preserve la salud tanto del Caudillo como de don Jose María durante muchos años–, cuyas esforzadas y devotas falanges, protagonistas de tantos hechos milagrosos, quiere nutrir Silvestrín. Su devota madre le ha contado que en una ocasión, cuando un rabioso furúnculo martirizaba la espalda de Silvestrín, le aplico con fe y esperanza una estampita con la imagen del busto de don Jose María bajo un parche sor Virginia justo encima del divieso y que después de cinco inyecciones de penicilina, el grano purulento desapareció por completo de forma milagrosa.

Con tan reconfortantes pensamientos *in mente*, la siguiente noticia ha conseguido sin embargo perturbar el ánimo de Silvestrín. El ministerio de la Gobernación, por medio de un ahora muy enfadado locutor, recuerda las disposiciones vigentes sobre las características de los trajes de baño admisibles en las playas del solar patrio. Está prohibido a las mujeres y muchachas –terminántemente prohibido a las féminas hispanas, como recalca el cada vez más irritado presentador– el uso del 'dos piezas', en hispana perífrasis, o

'bikini', como bárbaramente lo nombran algunos. Al hilo de esta pudibunda noticia, recuerda Silvestrín que este extravagante comportamiento textil ha dado incluso nombre a una de las playas de esta capital debido a la presencia de extranjeras que, so pretexto de asistir a literarios cursos de verano en español para extranjeros, se exhiben desvergonzadas con dichas dos piezas –minúsculas al decir de algunos, todavía horrorizados por la visión de las prietas y pecadoras carnes de las valkirias, que muestran el ombligo y la cintura desnudos—sin sentido del pudor. Este intolerable comportamiento a la hora de tomar el sol ha propiciado peregrinaciones masculinas hasta la citada playa para protestar con ardor interno contra tan intolerable comportamiento. De 'heliotrópico despatarre depilatorio' lo ha clasificado don Gabino Degarrafón, amigo tanto de don Críspulo como de la precisión descriptiva, mediante grandes aspavientos y considerable alarma, añadiendo que las jóvenes y exhuberantes mujeres extranjeras giran al compás del sol como lo hacen los girasoles en el campo y dando además una idea tan preocupante como desasosegante de las perversas costumbres de las hembras foráneas sobre rasurados ocultos, en contraste con las hirsutas féminas aborígenes, que lucen orgullosas todo el vello del que la naturaleza tiene a bien proveerlas. Entre los más madrugadores visitantes de la citada playa del pecado se han contado los siempre diligentes don Críspulo y don Santiago, provistos ambos de anticuados prismáticos para así mejor apreciar y calibrar el grado de transgresión a que se entregan las nórdicas y rubias mujeronas y poder así relatar a sus compañeros de partida de mus, con el pormenor y la precisión que el delicado tema merece, el execrable clima moral que reina en esa playa los domingos por la mañana.

Así que para evitar la confusión entre las futuras hembras fértiles de la estirpe hispana y las decadentes extranjeras, ellas deben llevar el pecho y la espalda cubiertos y usar falditas, para así mejor mantener la convivencia y garantizar cierto grado de misterio en las relaciones entre hombres y mujeres, pues si bien ciertos juegos eróticos son estimulantes –recuerda con voz condescendiente el locutor–, la pérdida del misterio socava las virtudes femeninas a la vez que las despoja de valores esperituales ante los hombres, trayendo como consecuencia tanto la falta de respeto como de casorios.

Lo inexplicable para Silvestrín –aunque comprende la ardua tarea de los periodistas gráficos, desasosegados por tener que trabajar entre tanta exhibición de provocativa y turgente carne femenina– es

que la noticia es ilustrada con profusión de imágenes de rubias turistas en bikini, incluyendo primeros planos frontales de gran belleza plástica, expuestas a un tórrido sol español que las pone doraditas cual palentina galleta María recién sacada del horno. Y casi tan suculentas como estas especialidades reposteras, pues a Silvestrín la boca se le hace agua, en una espontánea emisión de jugos salivares, al contemplar tal profusión de colinas y valles esculpidos en turgente carne nórdica. Estas beldades están rodeadas de babeantes indígenas tocados con boina calada y de mirar lascivo y de chulos de playa embutidos en bañadores ajustados –mostrando lo que parecen bolsas de canicas entre las piernas–, y que se atusan el grasiento cabello con peines mugrientos a la vez que lucen profusión de cadenas de oro al cuello y dirigen sus sonrisas cariadas a unas indiferentes adoradoras del sol. La objetiva belleza plástica de las imágenes de las hembras escandinavas –hay que reconocerlo, puesto que al fin y al cabo es como observar la Venus de Milo o la Victoria de Samotracia, obras mayores de la imaginería griega clásica que los bárbaros del norte consiguen imitar con cierta gracia–, inducen de nuevo movimientos involuntarios en la anatomía de Silvestrín, a la altura de la entrepierna, cuya evocación del mal trago pasado en el club 'El loro azul y carmesí', le traen sentimientos encontrados de placer y dolor. La vista se le nubla por un instante al recordar las inocentes carreras veraniegas de sus primas de Cáceres sobre la cálida arena de la playa y partes de su cuerpo se desenvuelven con completa atonomía de movimientos.

Mientras en la pantalla el cada vez más cabreado locutor arenga con patriótico enfado y recuerda enfurecido que para los hombres está terminantemente prohibido el uso del 'slip', y que deben, ellos, utilizar pantalones de deporte, varios tipos peludos y chaparros de blancas piernas pequeñas y torcidas aparecen en pantalla,. Nota Silvestrín –mientras evoca cimbreantes junqueras agitadas por el suave viento y enhiestos pinos bajo el tórrido sol– con enorme sorpresa cómo una mano ajena le oprime la bragueta de su pantalón, buscando los bultos que la visión de las turgentes y doradas carnes femeninas ha despertado y agrandado, bien que involuntariamente, hasta el límite de lo insoportable.

Incrédulo ante la magnitud de la garra que oprime sus partes pudendas, ahora pletóricas de sangre bombeada, ha bajado la mirada para comprobar horrorizado cómo una blanca mano, llena de anillos de oro y pelos negros en el dorso y terminada en el blanco puño de una camisa con gemelos, aprieta con insistencia su hinchado miem-

bro viril, ahora próximo a desinflarse bajo tan poco cuidadosas y no solicitadas caricias.

– Te gustan los chicarrones morenazos en bañador, ¿eh, campeón? –le ha dicho su vecino de butaca con una voz gangosa y exhalando una bocanada de olor a menta podrida en su hálito, pues no es otro que éste el dueño de la mano que aprieta a Silvestrín–. A mí también, mocetón –ha añadido, dejando paso a un repugnante aliento con halitosis.

El sujeto, impecablemente vestido según puede apreciar Silvestrín a la incierta luz de la pantalla, y con un monóculo dorado en el ojo izquierdo, espera ahora con expectación una respuesta positiva por parte de Silvestrín a sus asquerosos manoseos. Su mano izquierda reposa sobre un bastón y sus blancos dientes perfectos parecen recién salidos de la tienda de un taxidermista. El viejo bujarrón se relame con la lengua, dejando escapar porciones de saliva como perdigones, en un gesto que Silvestrín encuentra asqueroso, a la vez que le sonríe con ojos picaruelos. El viejo sodomita acerca su boca a la oreja de un paralizado por la monumental sorpresa Silvestrín, y le susurra mientras un olor corrompido llega con furia hasta la fosas nasales de Silvestrín: 'Te doy dos pesetas si te dejas hacer una mamadita, corazón, que verás lo mucho que te va a gustar', dice el viejales mientras indolente deja caer el bastón y con gesto decidido, llevándose la mano a la boca, extrae por completo una goteante dentadura postiza, cuyas babas ponen perdido el asiento de Silvestrín. La lengua del libertino se relame dentro de la ahora negra y enorme cavidad de su boca y el espumajo le sale por las comisuras de los labios. 'Subo hasta un duro', añade llevado por su irrefrenable deseo el tipo entre estertores goteantes de babas al ver la cara de grima que pone Silvestrín.

La repugnante visión de la oscura boca vacía del crápula ha horrorizado hasta tal punto a Silvestrín que ha dado un salto, evitando un vahído de asco y vomitar el desayuno, y ha conseguido escapar de la mano que le atenazaba la entrepierna como el moribundo atenaza el último suspiro de vida. Pensamiento que en el caso del vejarrón no debe estar muy desencaminado. Salta Silvestrín al lado opuesto del pasillo profiriendo un grito de horror, lo que provoca las protestas de unos y las risas nerviosas de otros, mientras se aferra a su caja de termómetros. A tientas se aleja del viejo pervertido, y cuando se cree seguro, se introduce en una fila más próxima a la pantalla y se sienta procurando hincarse en la butaca todo lo posible. El profesor

Bezno de Cubil parece no haberse movido mientras tanto.

Mientras el documentario gráfico recoge la siguiente noticia, el reconocimiento de la independencia de Marruecos por parte de España. Franco cede Marruecos, ha sido el significativo título de la noticia, queriendo enfatizar sutilmente que el Generalísimo, ha sacrificado la tierra en la que alcanzó sus primeros logros militares –que no mayores, pues éstos lo fueron sobre suelo patrio en la Gloriosa Cruzada de Liberación Nacional–, por el bien de España, sacrificio que mataría a cualquier otro menos fuerte que él. El Sahara Español, ahora convertido en una provincia más, recuerda el locutor a la audiencia, permanece como legado a los siglos pretéritos, y nunca dejara de ser suelo nacional, ha proclamado, con sentido patriótico, y clara premonición del bienestar futuro de esa región en el conjunto de las tierras y los hombres de España. Los espectadores en la sala se encuentran completamente transportados por la emoción, tal es la carga emotiva que la noticia ha tenido en todos los presentes, pues, quien más quien menos, lanza un suspiro y un gemido por un territorio bien administrado, sobre el que se derramó con generosidad la inventiva fecunda de tantos españoles, y algo de sangre, sin que los taimados moros lo hayan agradecido. Pero, repara Silvestrín, la congoja parece mucho mayor en su compañero de butaca, cuya vena patriótica debe ser muy superior a la de los demás, pues se encuentra sacudido por oleadas de la natural melancolía que la noticia le ha producido. Debe tratarse de un hombre muy sensible a aquello que toca a lo más íntimo de la patria, pues se sacude y agita como un poseso y profiere gemidos de gutural profundidad con sincopada cadencia, tal debe ser el sentimiento de pérdida que le embarga.

Cuando la pantalla se pone en blanco por un instante, la natural curiosidad le lleva a Silvestrín a interesarse por la causa de la profunda aflicción que agita a su compañero de butaca. Es entonces cuando descubre una blanca mano de dedos terminados en uñas pintadas de rosa y que se ciñe segura al miembro viril enhiesto del tipo que tiene a su lado, mano que asciende y desciende sobre tan especial cucaña con rítmica determinación. La mano continúa en un blanco y rollizo brazo lleno de tintineantes pulseras que termina a su vez en una señorita –aunque ya alcanzada por el rayo de la arruga, como no puede menos que observar Silvestrín, que percibe la abundante capa de afeites que cubren su poco agraciado rostro, en el que una nariz ganchuda destaca como principal elemento de fealdad– que mastica chicle y hace globitos indiferente a su actividad manual, a la

vez que contempla, aparentemente muy interesada, la pantalla. Huye de nuevo presto Silvestrín sin esperar a que el trabajo de manoseo a que la mujer somete a la erecta colita del hombre se culmine, pero los gemidos agónicos del hombre, que remedan los últimos estertores de un mudo, le alcanzan, así como la voz aguardentosa de la mujer que reclama: 'Venga, las tres pesetas, rapidito, que no tengo toda la mañana'. La secuencia de tarifas, una, dos y tres pesetas, respectivamente, que ha ido conociendo Silvestrín en el cine, le tienen sorprendido en su cabalístico significado último, aunque el duro ofrecido por el desdentado provecto dota de significado al ausente cuatro.

Después de tantos sobresaltos, en un nuevo y breve destello de luz que ha iluminado el cine, Silvestrín ha podido ver a contraluz la oblonga y característica testa de Bezno de Cubil que, completamente ajeno el crápula ladrón al hecho de que él le sigue de cerca los pasos, se encuentra en animada conversación con un tipo algo más alto que él. Quiere Silvestrín aprovechar el mejor momento para abordarle, así que se dispone a ver la película hasta pergeñar un buen plan de ataque. La película se titula 'Al Este del Edén' y aunque Silvestrín ya la ha visto con anterioridad, y en riguroso estreno nacional en el Cinema Imperial, está encantado de volver a verla, pues James Dean es uno de sus actores favoritos. Sin desdeñar el hecho de que este magnífico *film* –película no le suena bien en general, dado que su conocimiento de francés le lleva a relacionarlo con algo casposo–, está dirigido por el insigne director de cine americano de origen turco Elia Kazan –lo que no deja de ser bastante curioso a los ojos de Silvestrín, para quien los descendientes de los derrotados en la batalla naval de Lepanto son seres enigmáticos y lejanos, tocados con turbante o fez, y tan poco amigos de los adelantos técnicos como los españoles–, ejemplo de nobleza y americano patriotismo al denunciar a sus compañeros de profesión comunistas, por lo que, en opinión de Silvestrín, debería llevar con orgullo y la cabeza bien alta el sobrenombre de 'La Rata' –no ofende quien quiere–, que esos resentidos le han dado. También le ha gustado mucho 'Rebelde sin causa', especialmente por Natalie Wood, guapísima en su papel de novia del rebelde.

Aunque le da vergüenza admitirlo, se siente identificado con el actor, pues también él es un rebelde a su particular manera tranquila. El juego de 'el gallina' que se describe en el film le ha despertado los dormidos deseos de comprarse un Seat Seiscientos, en cuanto consiga un puesto de funcionario del Estado, y poder ponerlo a sesenta o setenta kilómetros por hora sintiendo el riesgo de la velocidad en

la sangre, con el cabello flotando al viento y llevando a su lado a su idolatrada Basilia, primero como novia formal y luego como su legal esposa. Ella, vestida de blanco inmaculado, le sonríe mientras sus rubios cabellos flotan a su alrededor y él toma las curvas con precisión matemática.

Mientras James Dean atraviesa su extenso país sobre el techo de un vagón de tren –sin duda debido a que no puede pagarse el billete, aunque no termina de seguir la trama de la película, atento como está a la conversación de Bezno de Cubil con su compinche–, aprovechando que en la película llegan a un tunel y se hace una densa oscuridad, se escucha claramente un golpe sordo en la sala que se eleva por encima de los tintineantes sonidos de las pulseras entrechocando y de los gemidos y suspiros de fondo. Aunque los pocos espectadores que hay en la sala no reparan en ello –cada uno de ellos entregado a sus cuitas personales–, observa Silvestrín cómo los dos hombres forcejean por el atado de los termómetros. Su corazón se desboca cuando observa cómo sus frágiles termómetros son zarandeados sin piedad. Tentado de intervenir ya, pero temeroso de agravar la situación ya de por sí delicada de sus preciosos instrumentos, observa cómo el otro tipo descarga un golpe contra el craneo completamente rasurado del profesor Berzo, con un objeto oblongo, y al parecer contundente, que resuena en la atmósfera de ricos sonidos de la sala como una nuez que se parte. A pesar de la oscuridad contra la pantalla el gesto de agresión ha sido claramente percibido por Silvestrín, pero el resto de lo espectadores, sin duda absortos por la trama de la interesante película, no parecen haber reparado en cómo golpeaban con contundecia cataclismática en la cabeza al profesor. Éste se desparrama sobre su asiento como un muñeco de trapo o como una marioneta a la que acaban de cortar sus hilos.

Arranca entonces el agresor con violencia el paquete de trapos y termómetros de la manos inertes de Berzo y huye presto, a la vez que se encaja en la cabeza un amplio sombrero de ala ancha, sin que su momentánea sombra sobre la pantalla de la flexible pieza de vestir interrumpiendo la trama parezca molestar demasiado a los espectadores, atentos sin duda a los muy originales movimientos de cámara del director, pues los gritos de aprobación por su buen hacer cinematográfico –'Sí, sí, así, así', se escucha por varios sitios– se extienden por toda la sala.

Se acerca despacio Silvestrín al cuerpo desmayado del profesor y coloca la oreja cerca de la boca, abierta de par en par, de él. Un

débil hálito parece animar todavía a Berzo, aunque su respiración es muy débil, lo que sin duda se debe a los dos socavones que luce en la cabeza. Llevado de su desesperación, y aprovechando que el tren de la pantalla atraviesa un ruidoso puente, descarga a su vez Silvestrín una sonora bofetada sobre el rasurado rostro del profesor, que abre unos ojos como platos. Sorprendido don Gonzalo por el golpe propinado a su faz, por la oscuridad, por el dolor que le lacera la mejilla y por el dolor de cabeza que tiene, se lleva la mano derecha al pecho para extraer con gesto trémulo un termómetro del interior de sus ropajes.

Arranca Silvestrín con gesto rápido el preciado instrumento de las manos del indigno profesor y comprueba a la débil luz de la pantalla que el termómetro está intacto. No tiene dificultad en reconocer que este tercer ejemplar recuperado es un termómetro de -50 grados centígrados hasta 50 grados centígrados calibrado con precisión de medio grado, muy útil en sus experimentos crioscópicos. Lo asegura con cuidado en su hueco correspondiente y con el alma más serenada por este nuevo rescate, que le da cierta confianza en sí mismo como investigador, se pregunta qué debe hacer a continuación y a dónde se ha dirigido el tipo del amplio sombrero que se ha llevado sus restantes termómetros. Se responde a sí mismo propinando otra sonora bofetada a don Gonzalo –esta vez en el carrillo izquierdo, a los oportunos efectos compensatorios y para una mejor circulación sanguínea–, lo que logra, sorprendentemente, responder a la segunda pregunta, pues el así estimulado don Gonzalo empieza a musitar a la vez que extiende el brazo en un improvisado saludo fascista y abriendo y cerrando la mano como si quisiera atrapar algo en el aire: 'Nescafé, la fábrica de Nescafé', acierta a decir antes de caer desmayado de nuevo. Entiende Silvestrín que es a dicha fábrica de café instantáneo a donde se ha dirigido el agresor del ladrón y ladrón él mismo, así que sin perder tiempo abandona al inconsciente profesor a su suerte. En la pantalla James Dean parece que tiene más suerte que Silvestrín y llega a alguna parte.

Mientras deja a don Gonzalo repantingado en el asiento, con las piernas despatarradas, hecho un ovillo desmadejado, observa Silvestrín cómo el viejo crápula desdentado –que no ha perdido detalle de los diferentes movimientos que se han producido en la sala– se acerca encorvado al inerte e inerme Berzo, con su chorreante dentadura postiza en la mano. El sonido de una cremallera bajándose, , rasgando como un cuchillo la densa oscuridad, una lengua que se relame en una oquedad oscura y algunos ruidos guturales de succión com-

pulsiva son los últimos sonidos reconocibles que escucha Silvestrín al abandonar la oscura sala. El resto del personal, relajados unos y habiendo cobrado otros, disfruta ya en silencio de la película una vez pasados los primeros momentos de desasosiego por la suerte del protagonista.

La taquillera malencarada ve a Silvestrín acercarse a la salida y deja rápida de hacer ganchillo. Le mira al salir con cara de asesina: 'Me quedao con tu cara, degenerao, pervertido' , le grita gesticulante y amenazadora ella mientras él huye del atrio del cine. En la calle, los enfermeros de una ambulancia roñosa, decorada con una cruz de color rosa que hace mucho tiempo fue roja, están intentando recoger en una camilla al orondo taxista, que parece haber experimentado algún tipo de problema respiratorio, pues lleva una mascarilla de oxígeno en la boca. La débil camilla cede bajo el peso del taxista, éste rueda por el suelo, y los enfermeros tienen que subirlo de nuevo. Mientras tanto, un coro de bocinas y pitidos proviene de los que se quejan de que hay un taxi atravesado en mitad de la calle y no les deja avanzar. Esta prueba de la deshumanización de nuestras ciudades, ellos pitando desconsiderados mientras el taxista está de cuerpo presente, impresiona a un siempre sensible Silvestrín.

Pero el problema del taxista puede ser más grave de lo que le ha parecido a Silvestrín a primera vista, pues un cura con una elegante sotana y un sombrero episcopal, con una llamativa carpeta roja bajo el brazo, está haciendo la señal de la cruz con la mano derecha en dirección al inerme taxista, como si se estuviera despidiendo de él. Los latinajos que escucha Silvestrín le ponen la carne de gallina.

Al ver que el taxista tiene sus propios problemas y que no va a precisar del vehículo por una temporada, Silvestrín tiene una idea y con gesto decidido corre hacia el desocupado taxi, se monta en él y cierra la puerta. El coro de bocinas cesa como por ensalmo y los motores vuelven a rugir sobre el asfalto capitalino, todo él lleno de baches. Aunque no dispone del preceptivo carnet de conducir, necesario para conducir esta máquina dotada de motor de explosión, sí dispone Silvestrín de ciertas nociones de conducción, obtenidas en su mayoría viendo cómo lo hacen en las películas de gángsteres.

Se dirige sin perder tiempo a la estación de autobuses, pues debe coger uno para acercarse hasta la fábrica de Nescafé, situada en los suburbios de la ciudad. La tentación de utilizar el taxi para llegar hasta ella le asalta por un instante, pero no tiene ni idea de cómo se puede llegar hasta dicha fábrica por lo que opta por dejar el taxi e

intentar llegar en autobús hasta allí, que preguntando se va a Roma. En esta decisión de coger un transporte público han influido también los diez coches que lleva abollados desde que se subió al taxi por segunda vez –'En las películas americanas esto de conducir parecía más fácil', ha musitado–, y que abandona bajo el arco del Banco de Santander, para seguir a pie hasta la estación de autobuses, que sospecha se encuentra próxima al centro de la ciudad. El coro de bocinas vuelve a elevarse hasta los cielos de la ciudad.